

DISCURSO
PRONUNCIADO
EL
27 DE SEPTIEMBRE
DE 1849,
POR EL
GENERAL D. SANTIAGO BLANCO
EN EL ANIVERSARIO DE LA
CONSUMACION DE LA
INDEPENDENCIA NACIONAL
MEXICO 1849

COLECCION DE DISCURSOS PATRIOTICOS
JORCE DENEGRÉ VAUGHT PEÑA

CONSUMACION DE LA
INDEPENDENCIA





DISCURSO

PRONUNCIADO

EN LA ALAMEDA DE ESTA CAPITAL

EN EL

27 DE SEPTIEMBRE DE 1849,

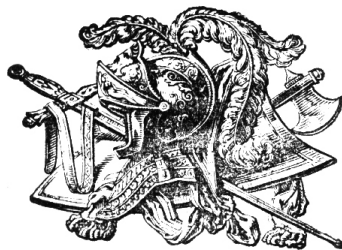
POR EL

General D. Santiago Blanco,

EN EL

Universario de la Consumacion de la Independencia

NACIONAL.



MEXICO.

IMPRENTA DE IGNACIO CUMPLIDO,

C. de los Rebeldes núm. 2.

1849.



~~~~~  
Y si mis trabajos [tan debidos á la patria]  
los suponeis dignos de recompensa, *concededme*  
*solo vuestra sumision á las leyes...* y de  
tiempo en tiempo hacéd una memoria de vues-  
tro amigo.—ITURBIDE.  
~~~~~

Mexicanos:

EL sentimiento de gratitud es innato en el corazón del hombre: todos sentimos el deseo de agradecer y recordar los beneficios que se nos hacen, y de aquí viene esa costumbre, tan antigua como el mundo, de perpetuar la memoria de los sucesos que nos son gratos. Los pueblos como los individuos tienen ese deseo; porque nadie querría que se le creyese desagradecido, ni nadie se atrevería á despreciar, sin cubrirse de oprobio, lo que positivamente es grande y digno de ser amado.

Pero la expresion de ese sentimiento ha variado, con el transcurso de los siglos, en sus límites y en sus formas. Allá en la cuna del linage humano, en tiempo en que estaban ofuscadas las facultades intelectuales del hombre, el instinto divino que nos hace amar lo que nos seduce ó nos encanta, hacía que despues de la muerte del padre ó del hermano valeroso y bueno se marcasse el sitio en que habitaba, ó un árbol ó una peña para recordar sus virtudes ó sus favores.

Creció la familia humana, constituyéronse diversos pueblos; y el sentimiento de gratitud amplió su esfera

de accion. Ya no era solo entre los hijos de una misma cuna donde se manifestaba, sino que se extendió hasta la comunidad toda que ofrecia esos sacrificios en honor de sus benefactores, ó de los que, por su valor y sus hazañas, se captaban la admiracion y el reconocimiento público. El anciano decrepito, encorvado con el peso de los años, venia á llorar sobre las cenizas del héroe: el infante abandonaba sus bulliciosos juegos para ver al padre de su padre, dar muestras de veneracion y de amor al hombre valeroso ó benéfico; y los pueblos acababan por darles un asilo en la morada de los dioses.

El cristianismo apareció despues, y esa fuente de toda civilizacion, hablando al corazon del hombre, comprendiendo su instinto y su poder, elevó el principio de accion y mejoró las muestras exteriores de su existencia. Lo que ántes se presentaba con un carácter instintivo y material, se mostró entónces con el espiritualismo mas bello y seductor. Al teatro de los juegos olímpicos sucedió el altar de los Azimos; y en lugar de los horribles sacrificios humanos, en honor de los que se llamaban semi-dioses, el recuerdo de los hechos de su vida y los mas fervientes votos al Supremo Hacedor por la felicidad ó el descanso del alma del que se habia distinguido por su benevolencia ó sus servicios, eran las preces que se ofrecian; y en los pergaminos y en las piedras, en los cánticos y en las plazas se hablaba el lenguaje del corazon y del sentimiento para perpetuar su memoria. Los guerreros y los libertadores, seduciendo con su poder y su fortuna, eran entre todos, el objeto preferente de los mas sinceros y ostentosos homenajes. La tumba hacia olvidar sus faltas: la envidia los acompañaba al sepulcro, y no habia mas que admiradores.

Transcurrieron los años; adquirieron todo su desarro-

llo los intereses sociales; los adelantos de las ciencias y de las artes destruyeron las preocupaciones que siempre engendra toda creencia, por sublime y verdadera que sea, y el cristianismo llevó al colmo de la perfeccion esas muestras del respeto y de la gratitud del hombre. En efecto, en estos tiempos en que la ilustracion nos ha acostumbrado al espectáculo de las acciones humanas; en estos siglos en que nada nos admira y en que todo ha de ser verdadero y productivo para merecernos, siquiera, una mirada de interes, los pueblos cultos, al visitar la tumba de sus bienhechores, ya no podian limitarse á una simple espresion de gracias, ni á un monumento, estéril recuerdo que revela mas que la gratitud el orgullo de los vivos; sino que á estas oblaciones debia unirse algo mas grande y positivo, algo que fuese mas útil á las generaciones futuras, como son las pruebas de haber cumplido con los deberes que imponen esos mismos favores. Las mejoras hechas en las obras de su beneficencia; los progresos de las ciencias ó de las artes que merecieron su proteccion ó su apoyo; ó la conservacion, pura y sin mancha, de la gloria, de la libertad ó independencía que legáran á su patria; en una palabra, las muestras de ser dignos de ellos, por la imitacion constante de sus virtudes, son los nuevos y provechosos homenajes que las naciones modernas ofrecen á la memoria de sus grandes hombres. ¡Rasgo bellísimo de la civilizacion de nuestro siglo! Tributando respeto y gratitud al benefactor de un pueblo, este pueblo, so pena de su deshonra y su vergüenza, tiene que conservar intacto el depósito que le confiaran; y para hacerse digno de él, á su tiempo y en su caso, tiene que esforzarse en sostener tal camino de progreso, de gloria y de justicia, que si la pobre humanidad no estuviera tan sujeta á errores, este precepto del

— 6 —

cristianismo y de la cultura de la época sería bastante para perpetuar la felicidad del género humano!

Nosotros cumplimos hoy con ese sentimiento. Tenemos una época gloriosa que recordar, tenemos unos héroes que nos legaron un rico patrimonio, y como nación civilizada y agradecida debemos rendirles homenaje según el espíritu de nuestro siglo. Después de tres centurias de dependencia, la espada de un soldado que comprendió el instinto de las masas del pueblo y supo dirigir á sus bizarros compañeros de armas, nos hizo levantar la frente radiante de gloria y colocarnos en el catálogo de las naciones libres. Hoy recordamos este suceso, y hoy es el día en que nuestra imaginación levanta la losa que cubre el sepulcro de nuestros libertadores; no para resucitar odios, no para evocar recuerdos tristes, sino para recibir de esa tumba inspiraciones de heroicidad y de vida. De allí brotan la libertad y la gloria; la libertad que es el alma de la existencia del hombre, su constante deseo; la gloria, que es la felicidad humana, la eternidad del mundo. Repasemos rápidamente ese período de triunfos nacionales; así recordaremos los días felices de la patria, las hazañas y las virtudes de sus hijos predilectos. La magnitud del objeto, el resultado de sus trabajos es tan grande, que bastará indicarlo para conocer cuán grato debe ser á nuestro corazón ese recuerdo y cuánto nuestro agradecimiento á los benefactores. Después tributarémos á éstos nuestra ofrenda; y cual hijos agradecidos, agrupados en derredor de su tumba, invocaremos su memoria con la paz del justo ó con el tormento roedor de una conciencia culpable, según que hayamos conservado ó no el depósito que nos legaron.

La Nueva-España dormía tranquila el sueño del desaliento, y parecía que sacrificaba su libertad á su reposo,

contenta con los beneficios del orden público y los adelantos materiales, cuando ocurrió que se ventilasen en la madre-patria las cuestiones mas vitales para la existencia de los pueblos. La luz que difundieron las doctrinas que predicaban los que tan heroicamente combatian contra las victoriosas falanges del primer capitan del siglo, reflejándose hasta en los confines de aquella vasta monarquía, hicieron que en nuestro suelo, unos hombres distinguidos por su ilustracion y patriotismo, concibieran el gran pensamiento de libertar á sus hermanos de la servidumbre colonial. Los odios que engendraron los excesos de los primeros dias de la conquista, y la condicion de colonos, que por sí sola era una afrenta, en época en que los derechos sociales se proclamaban á grito herido y bajo el resplandor de la victoria, unian, para aquel fin, las dos razas que forman esta numerosa poblacion; y los acontecimientos de la metrópoli hacian el momento, si no del todo propicio, al ménos bastante favorable para efectuar un cambio radical en la condicion política de la mas rica comarca del Nuevo-Mundo. Diversos planes se formaron, que la vigilancia ó el terror ahogó en su cuna. El párroco de Dolores era uno de esos varones esforzados que se habian impuesto tan difícil mision; y cuando entre el incienso y las preces del Señor á quien servia, arreglaba, con sus dignos compañeros, los preparativos de su grande y atrevida empresa, el gobierno vireinal descubrió su secreto y ordenó su prision. La política de los dominadores era incesorable en este punto. La muerte era el único porvenir del ilustre ministro del altar, y entre recibirla, sepultando en el olvido el grandioso proyecto que le ocupaba, ó sufrirla despues de producir la patriótica chispa que inflamara los corazones, escogió el segundo extremo;

y una noche, de feliz memoria, se reviste del valor de los mártires, cede á los impulsos de su alma, siempre audaz y generosa, se ve rodeado de hombres dignos de la causa que abrazaba, y precipitando los sucesos en brazos de la gloria y la fortuna, junto al santo nombre de María, dió el grito salvador de INDEPENDENCIA. ¡Varon insigne: tú fuiste el primero que nos anunciaste la dicha; y si el destino te hizo sucumbir al poco tiempo en un patíbulo, tu nombre será eterno en los anales de México, y tu valor lo proclamarán sus hijos de generacion en generacion!

Iniciada la lucha, mil y mil valientes saltan por dó quier á tomar parte en la gloriosa contienda. El caudillo de Dolores es sustituido por D. José María Morelos, vicario venerable, que juró vengar la Iglesia profanada y libertar la patria oprimida. Si la causa era noble y grande, tambien en el nuevo campeon se hallaban las inspiraciones tan necesarias del talento y del mas ardiente patriotismo. A su voz se levantaron pueblos enteros para vengar los agravios de la conquista, y reclamar la dignidad del hombre libre. La corte vireinal se indignó á la sola idea de que pudiesen quitarle la preciosa joya que conservaba: puso en accion todos los recursos que el poder civil y militar, la religion y la política ponian en sus manos; y bien pronto las ciudades y los campos fueron el teatro de acciones sangrientas, en que, mas de una vez, triunfó el entusiasmo patriótico sobre las ventajas del arte y de la disciplina.

Empero la lucha era muy desigual. De nuestro lado estaba la justicia; del otro estaba el poder. El principio que dirigia las acciones de los principales caudillos mexicanos, no era bastante conocido del pueblo. Las huestes de la patria se colectaban en medio del conflicto,

siempre escasas de armas y de municiones: despues de una batalla se necesitaba formar otro ejército. Los celos, las rivalidades del mando, la falta de unidad en las operaciones y los escesos del patriotismo, debilitaban la accion de los diversos gefes. Las demasías consiguiertes á todo movimiento popular, cuando se renuevan odios, y que el enemigo esplotaba para desacreditar una causa tan justa; el fanatismo religioso, arraigado profundamente en pueblos, cuyos ojos habian estado cerrados á la luz de la civilizacion, y que se hizo valer en favor del dominio español; el inmenso poder del gobierno de la metrópoli; el antiguo y tradicional prestigio del órden de cosas que se queria destruir; las falsas aplicaciones de las ideas de la lealtad y del honor militar, que armaron al padre contra el hijo y al hermano contra el hermano, todo hizo que á pesar de tanto heroismo, de tantos esfuerzos y fatigas como presenta la historia de esa contienda tan prolongada y reñida, despues de algunos años, el ilustre caudillo recibiese la muerte en un cadalso, sus inferiores capitularan ó se ocultasen, y que la causa de México decayese tanto, que se le creyera estinguida para siempre. El virey recibió el título de pacificador y padre de la Nueva-España, y por dó quiera se entonaron himnos de triunfo por la esclavitud de unos hombres dignos de mejor suerte.

Sin embargo, no era así. La simiente de la libertad habia germinado en el pueblo, y una vez arraigada en el corazon de los mexicanos, tarde ó temprano, debia producir su fruto delicioso. La tregua que se presentaba sirvió para estinguir ciertos odios creados en la reciente lucha, y que eran una rémora invencible. Los acontecimientos de la metrópoli en que nuestros dominadores, con el valor tradicional de sus abuelos, defendian su independenciam política, fueron conocidos y ecsaminados por todos: era preciso que la causa de México se reconociera justa ó que

hubiera dos justicias en el mundo. La revolucion física estaba destruida; pero la revolucion moral estaba avanzada. Se requería solamente un piloto que dirigiera la nave, y la Providencia nos lo dió. Mas aquí comienza la verdadera época de nuestra emancipacion de España.

En el solitario recinto de un monasterio, junto al altar de un Dios de bondad, una reunion de hombres eminentes por su saber y su amor patrio, combinaron con un soldado distinguido, un plan, en que brillaban los sentimientos mas patrióticos unidos á un espíritu notable de conciliacion y de cordura. La union de los padres y los hijos, el sostenimiento de la fe religiosa, que se habia creído ultrajada, y la libertad para todos, fueron los tres principios que dominaron en esa concepcion oportuna y feliz. Don Agustin de Iturbide, coronel del ejército, conocido por su arrojo y su pericia, era ese gefe que debia realizar tan gloriosa empresa. Con una division de tropas escogidas marchó á combatir una partida de los que se llamaban entónces insurgentes; y en lugar de deramar la sangre mexicana, sosteniendo la causa del trono español, llamó á sí á los que se creian sus contrarios, fué acogido por ellos con decision y lealtad; y con la confianza que acompaña al genio, cuando lo impulsan el patriotismo, la razon y la justicia, en el pueblo de Iguala mostró al tirano su brillante espada, y á México anunció que habia sonado la hora de proclamar la independencia nacional.

Jamas movimiento alguno fué iniciado bajo mejores auspicios, ni sostenido con mas tino, mas audacia y mas fortuna. Era el íris de paz en medio de la tormenta, era la libertad para el que habia consentido en la idea de una larga esclavitud. Su marcha debia ser rápida, sus efectos portentosos y felices.

El gobierno vireinal mandó en el acto una seccion de tropas españolas para combatir al nuevo caudillo; mas no era este el "grito tumultuoso de Dolores, no eran humildes indígenas armados de hoces y de piedras;" (*) eran

(*) Zavala.



tropas regladas, provistas de todo, que protegían los intereses de los habitantes, y mandadas por un jefe de actividad y de valor, que “hablaba en nombre de los pueblos y reclamaba derechos ya demasiado conocidos.” La religión, esta reina de la conciencia, ya no prestaba su poderoso influjo para conservar el poder colonial. Las rivalidades entre mexicanos y españoles se habían estinguido. Las falsas aplicaciones de las ideas de la lealtad y del honor militar no eran ya un obstáculo; y la voz de Iturbide fué escuchada y comprendida por todos, y á su eco una generacion nueva se levantó para reclamar sus derechos, su libertad y su patria. El solio de los vireyes tembló desde sus cimientos; y el héroe de Iguala, por su parte, activo y perseverante, llamó á sí á las diversas partidas que vagaban en los montes, dió regularidad á los movimientos, venció las resistencias que opusieran todavía la fuerza de antiguos hábitos, mandó á sus tenientes que ocupasen diversas provincias, miéntras recorría personalmente las principales ciudades; y siempre valeroso y fuerte, siempre astuto y constante, acrecentó su poder todos los dias, recibió al nuevo virey, pactó con él á nombre de la patria, redujo al enemigo á un peñasco entre las olas del mar; y de victoria en victoria, despues de siete meses, el 27 de Septiembre de 1821 entró en esta capital á la cabeza del ejército que se llamó de las tres garantías, consumando así la obra mas grandiosa de nuestro siglo.

¡Día feliz, en que las valerosas huestes de D. Agustín de Iturbide ocuparon la populosa México: tú fuiste el término de una era de esclavitud y abatimiento! Cuando tu sol brillante estendió sus dorados y lucentes rayos sobre las hermosas campiñas del Nuevo-Mundo, se anunció, á la faz del cielo y de los hombres, la ecsistencia de un pueblo independiente y libre! La libertad del pensamiento, la libertad doméstica, la libertad civil, la libertad política; en una palabra, todas las verdades, todos los derechos del hombre social, todos los conquistamos bajo la mágica voz de independencia! En ese día se nos anunció la dicha, respiramos el dulcísimo ambiente de la felicidad y de la gloria! Y aun hoy, cuando vemos

ese pabellon, emblema de los sentimientos mas caros al mexicano, cuando lo tremaola un soldado que ha vertido su sangre en los campos de batalla, nuestro pecho reboza de alegría, y la fuerza de la tradicion y nuestro regocijo nos hacen levantar la frente y decir con orgullo: "¡Es el glorioso pendon que enarboló Iturbide; es la enseña de que México es un pueblo independiente y libre!"

Y de entónces acá ¡piadoso Dios! ¿qué hemos hecho nosotros, los contemporáneos y descendientes de aquellos héroes, para conservar y mejorar la preciosa herencia que nos legaron? La imaginacion se espanta, al corazon lo despedaza el dolor, y el labio enmudece al oirse tan terrible pregunta. No obstante, es preciso seguir el hilo de la historia, y en un dia en que recordamos tantos deberes, presentar siquiera el homenaje del arrepentimiento.

La Providencia nos habia sido propicia. Nos anunciamos al mundo como una nacion que deberia llegar muy pronto al apogeo de la felicidad y la grandeza. Poseedores de las perlas, del oro y de la plata; de los mas fértiles y variados terrenos; con puertos en ámbos mares; con un cielo siempre hermoso y apacible; con la hospitalidad y el valor como cualidades dominantes del carácter mexicano, las naciones civilizadas al saber nuestra ecsistencia, nos dirigieron una mirada de admiracion y de envidia: el extranjero trabajador é industrioso creyó que debia venir á la nueva tierra de promision, creada para el recreo del hombre; y el político, absorto y entusiasmado, contemplaba los futuros destinos de un pais tan favorecido por la naturaleza. Sin embargo, ¡inesplicable contradiccion de los cálculos humanos! del seno de este pueblo tan dócil y sencillo, acostumbrado á la obediencia, huyó la santa paz; y el torbellino revolucionario nos ha precipitado de esceso en esceso y de desdicha en desdicha. A las dulces emociones del triunfo y á los cánticos de la victoria, han sucedido las mutuas recriminaciones de las derrotas y los lamentos penetrantes de las víctimas. Todo ántes anunciaba gloria, union y fortuna: todo hoy respira abatimiento, disensiones y desgracias. Nada éramos, y todo lo fuimos por el valor

de nuestros padres. Todo lo fuimos, y quizá nada serémos por nuestras pasiones. Parece que la generacion de la gloria ha desaparecido para dar lugar á la del dolor y del infortunio.

D. Agustin de Iturbide habia sido el fundador de la patria. El nombre del héroe estaba circundado de una aureola de gloria que todo lo ofuscaba. El beneficio que nos habia hecho era tan grande, que nuestra gratitud no tenia límites. Sus servicios y su fortuna subyugaron los espíritus, lo hicieron dueño de todos los corazones; y el pueblo mexicano no sabia hasta dónde elevar á su libertador y su ídolo. No faltó quienes le ofrecieran un trono y lo aceptó. Mas luego la discordia civil nos hizo ver su faz adusta: la parte civilizada de la nacion se dividió en partidos; estalló una revolucion; el hombre de México prefirió descender del poder, á que por su causa se derramase una gota de sangre; y ántes de tres años de consumada nuestra emancipacion política, el gefe del Ejército Trigarante volvia de su destierro, á defender como soldado la independencia que conquistara con su genio, cuando ¿os acordais, mexicanos, de la víctima ilustre de Padilla? ¡Libertad santa, fija de una vez tu mansion en este pueblo, que, en los delirios del amor que te profesa, ha sacrificado en tus aras cuanto tenia de mas precioso y de mas caro!

Roto ya el dique, el impetuoso torrente debia salvar sus límites é inundarlo todo. En nuestra escena política la discordia fatal ha tomado su asiento, y parece que es lo único que tiene aplomo y estabilidad. En 28 años de disensiones civiles todo se ha desvirtuado, y nada ha habido entre nosotros sin que la mano del fratricida no lo cambiase ó destruyera. Pasando de una faccion á otra faccion, de un sistema á otro sistema, y de un gobierno á otro gobierno, todo, entre nosotros, ha sido momentáneo y desconsolador. La voz del pueblo, esta voz augusta é imponente, se ha invocado por todos los partidos y ha servido á todos los intereses. La libertad, á cuyo solo nombre se ensancha el alma, apellidada por todos los bandos, tanto ha servido para derrocar la tiranía doméstica, como para dar á la nacion, bajo ese

escudo sagrado, el asqueroso y estéril despotismo de una bandería política. Las leyes, dominando siempre las escigencias del día, en general, han estado en lucha con los hábitos, las creencias, las virtudes y el grado de cultura de nuestra sociedad. La libertad de imprenta, esta reina del mundo, degenerando de su elevada mision, mas de una vez ha sido el vehículo para ensalzar virtudes que no ecisten, castigar crímenes que no se han cometido, premiar á verdaderos delincuentes, elevar á hombres que nada eran, derrocar el mérito, y derramar por dó quiera el desaliento, la rebelion y el descrédito. Se ha dado tortura á la razon, la verdad se ha puesto en duda, y á la mentira se ha erigido un templo.

Por esto, parece que la justicia huye de nosotros, como planta que no produce sus ópimos frutos en el terreno que riega la discordia; y el amor de la patria, este sentimiento, tan natural y tan noble, origen fecundo de las mas grandes acciones, se diria, que se amortigua en nuestra sociedad, como si no fuera el ídolo del corazon humano, el distintivo mas bello de los seres racionales. Por esto, sin union, sin fe y desalentados, el pabellon nacional fué derribado del puesto en que lo colocara Iturbide, y nuestro territorio reducido á la mitad. Por esto, el ejército, esa institucion necesaria, toda de órden y estabilidad, baluarte de la independenciam de los pueblos, asilo predilecto del honor, participando de las pasiones y de los vicios de la sociedad de que salia, ha servido de instrumento á todos los partidos y de verdugo para sí mismo. Debilitadas sus fuerzas con la inmoralidad y la falta de union, improvisado en sus clases numerosas, agobiado con el peso de la miseria pública y las mas horribles acusaciones, sin mas presente que el desórden, sin mas porvenir que la mendicidad; en los días de mayor conflicto para la patria derramó su sangre inútilmente, vió abatida su antigua gloria; y por las faltas de unos y por la necesidad de una víctima, en vano muestra las heridas y las sepulturas de millares de sus individuos, para arrancar á sus corruptores una espresion de justicia. Por esto la hacha del salvage tala nuestros campos, la civilizacion retrocede para ceder el puesto á la barbarie, y aun

hay un pueblo infeliz que, de rodillas, ha pedido la esclavitud al que lo salve. Por esto, en suma, la confianza falta, la paz interior desaparece, las ilusiones se extinguen, y este conjunto de seres que forma la populosa México, avergonzado, escánime, con el corazón hecho pedazos, en el exceso de su dolor está próximo á decir como Salustio: “¡Nuestra libertad, nuestra vida misma, no son ya mas que cosas dudosas!”

Y hoy, que es el día de los héroes de la patria, y que nos reunimos al rededor de su tumba para cumplir con los deberes del hombre agradecido y civilizado; hoy, que tributamos nuestro respeto á los que nos hicieron independientes, y evocamos su recuerdo para ensalzar su nombre y darles cuenta de la herencia que nos legaron; hoy, que debemos emitir las pruebas de que somos dignos de ellos por la imitación de sus virtudes; hoy, en fin, ¡presentarémolos como nuestro homenaje, el cuadro sombrío y fúnebre que ofrece la nación que nos dieron tan limpia y tan gloriosa? ¡Sol del 27 de Septiembre de 1821: nuestras pasiones, nuestros mezquinos intereses, nuestra ruindad y presunción, han formado una densa niebla que ofusca tus dorados y luminosos rayos! La vergüenza de tantos desaciertos de que, no un hombre, no una clase, no un partido, sino todos, todos á su vez, han sido y son responsables, nos hace inclinar la cabeza; y ¡ay de nosotros, si el soldado de Iguala levantara su losa funeraria para pedirnos cuenta de su patria y de su gloria! ¡Sombra generosa del héroe esclarecido: si los errores de la juventud merecen perdón, perdona á los que hiciste libres, sus extravíos y sus locuras! Te debemos la reparación que un hijo debe al padre; pero las naciones no mueren: las desgracias son terribles escarmientos que los pueblos no olvidan: la inmoralidad no se ha arraigado por dó quiera; la masa del pueblo no es culpable; tiene patriotismo, conoce el mal, despertará de su letargo y aplicará el remedio. Allá en Ulúa, en Tampico y la Angostura, en el Molino del Rey y en otros puntos, vástagos preciosos de tu raza varonil y distinguida han sostenido tu gloria, y aun algunos dieron la vida por la patria: éstos interceden por nosotros, mientras llega el día

en que al visitar tus cenizas, las invoquemos presentando el cuadro de una nacion feliz y respetada, como tú nos la dejaste y la debemos conservar para ser dignos de tí!

Para esto, conciudadanos, una debe ser nuestra divisa: procurar la union para cimentar la paz. Tengamos presente que donde la libertad racional está oprimida, todo se marchita y desfallece; y seamos tolerantes con todas las opiniones basadas en la buena fe. No olvidemos que, si la fuerza funda los Estados, solo la justicia los conserva; y veamos con respeto los derechos de los demas. Recordemos que el imperio de las leyes es el único estable, y su conservacion sea el ídolo de nuestros corazones. No olvidemos que el progreso y el bienestar del pueblo, es una tendencia del siglo; y dediquémonos á fomentar los adelantos materiales, para dar impulso al comercio y á la industria, ocupacion y bienes á las masas. La historia, ese libro de los pueblos, nos enseña, que cuando la espada del polaco atravesó el pecho de su hermano, la Polonia dejó de ecsistir, y fué la presa de las naciones que la rodeaban. Traigamos á la vista este ejemplo, y desterremos para siempre esa funesta manía de proclamar á mano armada el triunfo de nuestras opiniones: la revolucion constante, no solo aniquila, sino que degrada y mata á los pueblos: la razon pocas veces tiene su asilo en la punta de las bayonetas: su templo es otro, mas bellas sus victorias. Que el respeto al honrado y patriota primer magistrado de la República y á las autoridades legítimas reemplace á ese espíritu de in subordinacion que nos ha perdido; y cuando las pasiones callen y los partidos mueran; cuando el ciudadano sea el esclavo de la ley y el soldado su apoyo; cuando la paz y el órden público estén asegurados, entónces cosecharémos los bienes que nos prodigó la naturaleza; y del seno de nuestras fértiles campiñas brotará un árbol que dará sombra al sepulcro de los héroes y aplacará sus manes, porque será el árbol de la libertad, del ídolo del mexicano civilizado y digno.

DIJE.

